tes alzadas; é junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente..... que ni las calles ni azoteas se parecían con la gente..... E yo salí fuera á ellos por dos ó tres partes, y pelearon con nosotros muy reciamente, aunque por la una parte un capitan (Diego de Ordaz) salió con docientos hombres, y antes que se pudiese recoger le mataron cuatro, y hirieron á él y á muchos de los otros; é por la parte que yo andaba me hirieron á mí y á muchos de los españoles:" [1] "este teson en el pelear (exclama Díaz del Castillo) digo que no lo sé escribir; porque ni aprovechaban tiros ni escopetas ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matalles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetiamos; que tan enteros y con mas vigor peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra ó parte de calle, y hacian que se retraian, era para que les siguiésemos, por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar mas á su salvo en nosotros..... tres ó cuatro soldados que se habian hallado en Italia..... juraron muchas veces á Dios que guerras tan bravosas jamás habian visto en algunas que se habian hallado entre cristianos, y contra la artillería del rey de Francia ni del Gran Turco, ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron." [2] "Así estuvimos peleando todo aquel dia hasta que fué la noche bien cerrada." [3] Los mexicanos "mataron diez ó doce soldados, y todos volvimos bien heridos." [4]

Hasta entonces conoció Cortés quiénes eran los mexica; éstos, escribe Mártir, "habían resuelto morir primero que sufrir por más tiempo tales huéspedes que retenían á su rey bajo apariencia de guardar su vida, ocupaban su ciudad, conservaban á expensas de ellos, para su vergüenza y ante sus ojos, á sus antiguos enemigos los tlascaltecanos, guazucingos y otros además; que consumían las provisiones..... que no cesan de injuriarles, les imponen tributos, cualquier cosa preciosa que encuentran entre ellos la apetecen y por la fuerza ó con ardides procuran hacerse con ella; que finalmente habían roto las imágenes de los dioses y les habían quitado los antiguos ritos y ceremonias." [5]

"E luego que fué de dia (manifiesta Cortés), ya la gente de los enemigos nos comenzaba á combatir muy mas reciamente que el dia pasado, porque estaba tanta cantidad dellos, que los artilleros no tenian

1 Cortés, 128.
2 130.[2]
3 Cortés, 129.
4 Díaz del Castillo, 130.[2]
5 III, 270-71

necesidad de punteria, sino asestar en los escuadrones de los indios. Y puesto que el artillería hacia mucho daño, porque jugaban trece arcabuces, sin las escopetas y ballestas, hacian tan poca mella, que ni se parecia que lo sentian." [1]

"¡Oh maravillosa valentía! Aunque de cada cañonazo caían traspasados diez, á veces doce de ellos, y saltaban sus miembros por el aire, no por eso cejaban. A estilo de los germanos y suizos, al punto cerraban la falange por cualquier parte que habían abierto brecha las balas." [2]

"E viendo el gran daño que los enemigos nos hacian (dice Cortés), y cómo nos herian y mataban á su salvo, y que puesto que nosotros haciamos daño en ellos, por ser tantos no se parecia, toda aquella noche y otro dia gastamos en hacer tres ingenios de madera, y cada uno llevaba veinte hombres, los cuales iban dentro, porque con las piedras que nos tiraban desde las azoteas no los pudiesen ofender, porque iban los ingenios cubiertos de tablas, y los que iban dentro eran ballesteros y escopeteros, y los demás llevaban picos y azadones y varas de hierro para horadarles las casas y derrocar las albarradas que tenian hechas en las calles. Y en tanto que estos artificios se hacian, no cesaba el combate de los contrarios; en tanta manera, que como no saliamos fuera de la fortaleza, se querian ellos entrar dentro; á los cuales resistimos con harto trabajo;" [3] "no sé cómo lo diga (escribe Díaz del Castillo), los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron á los aposentos á dar guerra, no solamente por diez ó doce partes, sino por mas de veinte; porque en todo estábamos repartidos, y otros en muchas partes, y entre tanto que los adobámos y fortalecimos..... otros muchos escuadrones procuraron entrarnos los aposentos á escala vista, que por tiros ni ballestas ni escopetas, ni por muchas arremetidas y estocadas les podian retraer. Pues lo que decian, que en aquel dia no habia de quedar ninguno de nosotros..... (pasando luego de las amenazas á las súplicas) muy afectuosamente decian que les diésemos su gran señor Montezuma." [4]

§ 13. Muerte de Motecuhzoma.

De buena gana Cortés habría puesto en libertad á Motecuhzoma pa-

1 Cortés, 129.
2 Mártir, III, 276.
3 Cortés, 129.
4 130-31.

ra calmar á los mexicanos y salir de la situación desesperada en que se encontraba, si para entonces no hubiese hecho matar al desdichado Monarca.

Tuvo que saber Cortés que Motecuhzoma había enviado un recado á sus súbditos, permitiéndoles que hicieran lo que quisiesen. En todo caso, no ignoraba Cortés que los indígenas de América, y muy especialmente los mexicanos, nada hacían contra la voluntad de su señor; hemos visto, por ejemplo, que al volver Cortés á México pensó en seguida, sin vacilación alguna, que si los mexicanos no daban de comer á los españoles ni tampoco abrían su mercado, era porque así se los ordenaba Motecuhzoma: por fuerza pues debía colegir ahora, aun ignorando el recado susodicho, que el levantamiento de los mexicanos obedecía á alguna indicación de Motecuhzoma. ¿Necesitaba más el matador de Pedro Escudero y de Cuauhpopoca para hacer perecer también al rey de México que ya de nada le servía, y aun se manifestaba hostil? Evidentemente que no. El Códice Ramírez asienta que Motecuhzoma fué "muerto á puñaladas..... (por) los españoles;" [1] igual aseveración hacen el P. Acosta [2] y el P. Durán, agregando éste que el Monarca tenía "cinco puñaladas en el pecho." [3] Chimalpain escribe que "los españoles mataron á Moteuhcçomatzin estrangulándole," [4] y en los Fragmentos se dice que "porque no le viesen herida le habian metido una espada por la parte baja." [5] El P. Sahagún se limita á manifestar que los españoles "mataron á Moctheuzoma," [6] y otro tanto hace Juan Botero Benés. [7]

Como vamos á ver, el asesinato se verificó en la madrugada del día 27, precisamente cuando ocupados los españoles en la construcción de los ingenios de guerra, permanecían dentro del cuartel sin poder salir fuera á desahogar sus comprimidos sentimientos de salvaje violencia.

Entretanto, los mexicanos, ignorantes de la muerte de su señor, perseveraban con arrojo creciente en su asalto al fuerte español, y no deponían sus temibles bríos sino momentáneamente para pedir con *palabras amorosas* se les entregara á su rey; "pensando que todos (los es-

1 91.
2 II, 342-43.
3 II, 50.
4 191.
5 144-45.
6 Relación, 135.
7 I, fol. 138 vta.

pañoles) estaban muy mal heridos, combatíanlos á mas no poder, y aun les decian denuestos y palabras injuriosas, y amenazábanlos que si no les daban á Moteczuma, que les darian la mas cruda muerte que jamás hombres llevaron." [1] Era tan formidable el ataque de los mexicanos, que Cortés y los suyos creyeron necesario conferenciar con los indios aliados á fin de hallar una medida salvadora; sin duda alguna recordó entonces el capitán perspicaz que en circunstancias análogas Alvarado y su gente debieron la vida á la presencia de Motecuhzoma ante su pueblo. Cierto que el Monarca acababa de ser asesinado, pero esto no importaba: ya en otra ocasión, durante el siglo XI, los castellanos habían recurrido á un cadáver, el del Cid Campeador, poniéndole

"Una tabla en las espaldas,
Y otra delante del pecho" [2]

para escapar de los moros en Valencia. ¿Por qué no acogerse hoy asimismo de un cadáver? De cualquier modo que sea, sabemos que en la conferencia susodicha, Cortés y los suyos determinaron subir á la azotea á Motecuhzoma, y obligar á uno de los señores presos, á Itzquauhtzin, rey de Tlaltelolco, á que rogara á los mexicanos, en nombre de su Monarca, suspendieran sus ataques furibundos. Con el objeto de que los sitiadores no se dieran cuenta del engaño, cuidaron los españoles, al presentar en la azotea á Motecuhzoma, de cubrirle con una rodela, tan bien, que los mexicanos "ni lo vieron (dice Gomara)," [3] ni tampoco llegaron á "creer que allí estaba (agrega un testigo presencial)." [4] Fué entonces cuando "comenzó á hablar Itzquauhtzin en persona de Moctheuzoma para que mirasen lo que hacian, porque su señor *que estaba allí presente* les rogaba que no curasen de pelear porque no les iria bien dello, y por ser los españoles tantos y tan valientes que no podrian prevalecer contra ellos, y él estaba ya preso con hierros, y que si peleasen contra los españoles temia que ellos le matarian;" [5] "apenas habia acabado (de hablar Itzquauhtzin), quando un animoso capitan llamado Quauhtemoc *de edad de diez y ocho años* que ya le querian elegir por Rey dijo en alta voz: «¿Qué es lo que dize ese bellaco

1 Gomara, 365.[2]
2 Romancero, I, 570.[1]
3 365.[2]
4 Juan Cano, 550.[2]
5 Sahagún, Relación, 104.

de Motecuczuma, muger de los españoles, que tal se puede llamar, pues con ánimo mugeril se entregó á ellos de puro miedo y asegurándonos nos ha puesto todos en este trabajo? No le queremos obedecer porque ya no es nuestro Rey, y como á vil hombre le hemos de dar el castigo y pago.» En diziendo esto alzó el brazo y marcando házia él disparóle muchas flechas: lo mismo hizo todo el ejército;"[1] "comenzando á tirar dicen que le dieron una pedrada; mas aunque se la dieron no le podia hazer ningun mal porque *habia ya mas de cinco horas que estaba muerto.*"[2]

Según Francisco de Aguilar, Motecuhzoma fué subido á la azotea "a las ocho o nueve del dia;"[3] por tanto, debe haber sido asesinado el miércoles 27 de junio entre las tres y cuatro de la mañana.

Trató naturalmente Cortés de librarse de la tremenda responsabilidad en que había incurrido al matar á Motecuhzoma que espontáneamente se declaró desde un principio súbdito del monarca español, y por esto escribió poco después, que Motecuhzoma *se había ofrecido* á subir á la azotea para calmar á los mexicanos, y que al estarles hablando "le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande, que de allí á tres dias murió."[4] Podríamos objetar que no era posible que Motecuhzoma, al sentir su alma rebozando de decepción y despecho, enviara á decir á los mexicanos que podían levantarse en armas, é incontinenti, sin que nada hubiera mitigado aún sus hondos resentimientos, *se ofreciese* á abogar por los propios individuos que tanto le habían lastimado; mas preferimos dejar la tarea de destruir el invento pueril de Cortés á los mismos á quienes más interesaba sostenerlo.

Sabido es que la obra que publicó Gomara sobre la Conquista de México, ha sido considerada como escrita por Cortés;[5] pues bien, en esa obra se dice ya que si Motecuhzoma subió á la azotea, fué porque se lo *rogó* Cortés, y se asegura que si los mexicanos mataron de una pedrada á su rey, se debió exclusivamente á que no le vieron, "como le tenia un español cubierto y amparado con una rodela, no le diesen en la cara alguna pedrada;"[6] Juan Cano prohija esta versión añadiendo que los mexicanos no creyeron "que allí estaba Monteçuma."[7] En-

1 Códice Ramírez, 89.
2 Fragmentos, 144.
3 16.
4 130.
5 Garcilazo, Perú, 1ª parte, fol. 34 vta.
6 365.[2]
7 550.[2]

mendado así el embuste, resulta absurdo que precisamente porque Motecuhzoma tenía *bien cubierta* y amparada la cara con una rodela, los mexicanos le *acertaron* con una pedrada en la frente.

Díaz del Castillo, de mejor imaginación que Gomara y Cano, quita las rodelas en instante oportuno de frente á Motecuhzoma para que pueda ser herido, y pareciéndole poco mortífera una sola piedra, le mata de "tres pedradas é un flechazo."[1] Francisco de Aguilar, otro de los testigos presenciales, descubre asimismo en momento preciso la cara de Motecuhzoma, pero se aferra en que hirió á éste una sola piedra, la cual pinta redonda como una pelota, agregando con risible torpeza: "Sucedio que la gente (mexicana), que era sin quento, *fuese toda forastera* y no conociesen al dicho Motecsuma."[2]

Ahora bien, las inverosimilitudes groseras y principalmente las abiertas contradicciones en que incurren los conquistadores á que acabamos de referirnos, bastan con mucho para hacernos desechar como falsa la lapidación de Motecuhzoma por los suyos. Por otra parte, pronto oiremos del propio Díaz del Castillo, que los mexicanos, un día después, al ver muerto á Motecuhzoma, "hicieron muy gran llanto..... (y fieramente decían á los españoles): «Ahora *pagaréis* muy de verdad la muerte de nuestro rey.....»"[3]

Viendo Cortés que con su irreverente patraña no logró obtener tregua alguna de los mexicanos, se resolvió á hablarles en persona, subiendo asimismo á la azotea; desde allí les rogué, nos dice, "que no peleasen conmigo, pues ninguna razon para ello tenian..... La respuesta suya era que me fuese y que les dejase la tierra, y que luego dejarian la guerra; y que de otra manera, que creyese que habian de morir todos ó dar fin de nosotros..... E yo les respondí que no pensasen que les rogaba con la paz por temor que les tenia, sino porque me pesaba del daño que les facia y les habia de hacer, é por no destruir tan buena ciudad como aquella era; é todavia respondian que no cesarian de me dar guerra hasta que saliese de la ciudad."[4] Repetían una y otra vez los mexicanos "que no admitirían la paz ofrecida sino á condición de que, saliéndose con su tropa fuera de sus fronteras, les dejara libre su patria..... que antes morirían todos que sufrir semejante yugo..... Decían que les sería dulcísima la muerte

1 132.[2]
2 16.
3 132[2].
4 130.

con tal que quitaran aquella servidumbre de las cervices de sus hijos y demás posteridad..... que nada les importaba la muerte de mil con tal que cada millar de ellos se pague con uno de los nuestros. Declararon que todos estaban firmes en esta resolución, y así, que se fuera en buena hora por donde había venido."[1]

Luego que despuntó la aurora del día siguiente, jueves 28, "después de nos encomendar á Dios (habla Díaz del Castillo) salimos de nuestros aposentos con nuestras torres..... é..... aunque les matábamos muchos dellos, no aprovechaba cosa para les hacer volver las espaldas, sino que si siempre muy bravamente habian peleado los..... dias pasados, muy mas fuertes con mayores fuerzas y escuadrones estaban este dia..... fuimos al gran cu..... y pusimos fuego á sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con los ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca. Entonces nos ayudaron muy bien los tlascaltecas..... ver los papas que estaban en este gran cu y sobre tres ó cuatro mil indios..... cuál nos hacian venir rodando seis gradas y aun diez abajo..... que..... no podiamos hacer cara ni sustentarnos; acordamos, con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas, de nos volver á nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos, y muertos cuarenta y seis, y los indios siempre apretándonos..... otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenian derrocadas unas paredes para entralles; y con nuestra llegada cesaron, mas no de manera que en todo lo que quedó del dia dejaban de tirar vara y piedra y flecha, y en la noche grita y piedra y vara..... Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés, y las palabras que decian, que renegaban dél y de la tierra, y aun de Diego Velazquez, que acá les envió."[2]

Entre los guerreros mexicanos se distinguían su esforzado jefe, Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, "vno mui galán, á quien todos obedecian,"[3] y "el valeroso mancebo Cuauhtemotzin; el cual, *aunque mozo*, salia armado cada día á pelear y á animar á los suyos."[4]

Luego que se cercioró Cortés de que su ejército era absolutamente impotente para resistir al denodado pueblo mexicano, recurrió de nuevo á un ardid con la mira de salvarse. Esperando que sus enemigos cesarían la guerra para hacer obsequias á su rey muerto, como las habían hecho á los señores asesinados por Alvarado, "mandó Cortés á un papa é á un principal de los que estaban presos, que soltamos para que fuesen á decir al cacique que alzaron por señor, que se decia Coadlauaca (Cuitlahuac), y á sus capitanes, cómo el gran Montezuma era muerto, y que ellos lo vieron morir, y de la manera que murió, y heridas que le dieron los suyos, y dijesen cómo á todos nos pesaba dello, y que lo enterrasen como gran rey que era, y que alzasen á su primo del Montezuma que con nosotros estaba, por rey, pues le pertenecia de heredar, ó á otros sus hijos; é que al que habian alzado por señor que no le venia de derecho, é que tratasen paces para salirnos de Méjico; que si no lo hacian ahora que era muerto Montezuma, á quien teniamos respeto, y que por su causa no les destruiamos su ciudad, que saldriamos á dalles guerra y á quemalles todas las casas, y les hariamos mucho mal."[1]

1 Mártir, III, 280-81.
2 Díaz del Castillo, 131-32.
3 Herrera, II, 266[2].
4 Durán, II, 46.

Era grande ciertamente la sencillez y credulidad de los mexicanos, pero no á tal grado que se les pudiera engañar con tan torpes embustes; así que, no tuvieron por verdadera ni una sola de las palabras del mensaje de Cortés, y aunque "*hicieron muy gran llanto*, que bien oimos las gritas y aullidos que por.....(Motecuhzoma) daban..... aun con todo esto (habla Díaz del Castillo) no cesó la gran batería que siempre nos daban..... y luego la comenzaron muy mayor, y con gran braveza nos decian: «Ahora *pagaréis* muy de verdad la muerte de nuestro rey y el deshonor de nuestros ídolos; y las paces que nos enviais á pedir, salid acá, y concertaremos cómo y de qué manera han de ser»..... que ya tenian elegido buen rey, y que no era de corazon tan flaco, que le podais engañar con palabras *falsas*, como fué al buen Montezuma; y del enterramiento, que no tuviesen cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos dias no quedarian ningunos de nosotros, para que tales cosas enviemos á decir..... Y puesto que otro dia..... matamos muchos contrarios y se quemaron obra de veinte casas, y fuimos hasta cerca de tierra firma, todo fué nonada para el gran daño y muertes de mas de veinte soldados, y heridas que nos dieron..... En esta entrada y salida que hicimos..... estaban espantados y temerosos los de Narvaez, como no se habian hallado en guerras de indios, como nosotros los de Cortés."[2]

1 Díaz del Castillo, 132[2].
2 132-33.